



CONGREGATIO PRO CLERICIS

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO – B

Citas:

Is 53,10-11:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9apoutbu.htm

He 4,14-16:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9avuuqd.htm

Mc 10,35-45:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bweoqj.htm

El Santo Padre Benedicto XVI, en la homilía del comienzo de su Pontificado, se dirigía a la Iglesia y al mundo entero, afirmando acerca de Cristo: “El no quita nada y lo da todo”. El que puede afirmar, con Pedro, esta certeza –Él no quita nada y lo da todo- ha recibido un tesoro incomparable: ha encontrado la “perla preciosa” y el “tesoro escondido”, de los cuales el mismo Señor habla en el Evangelio. Es un verdadero don de la gracia, que cada día es implorado y siempre recibido.

Es el mismo don que movió a los primeros discípulos a seguir al Señor, dejando a los seres queridos y las propias ocupaciones. Es el mismo don que recibieron también los Apóstoles, del cual habla el texto evangélico de este Domingo.

Ciertamente, Cristo no quita nada al hombre y le da todo. Pero no solo no lo priva de ningún bien para darle todo el bien –el sumo Bien que es su misma Persona- sino que, en cierto sentido, ni siquiera lo priva de su mal. El, que es el único Salvador, no resuelve las dificultades eliminándolas y tampoco “sustituyendo” al hombre, ni sacándolo “artificialmente” de las circunstancias dolorosas de la vida. Es verdad que Cristo salva al hombre del mal y de la perdición, salva al hombre de la muerte, con su Cruz, pero sin ahorrarle la saludable y espléndida “fatiga” que es su libertad, la saludable fatiga de la cual sólo la muerte podrá despojarnos.

A veces, el corazón parece cansado y quisiera liberarse y alcanzar enseguida el objeto de su deseo, con la impaciencia que les empuja a Santiago y a Juan en el Evangelio de hoy: “Concédenos sentarnos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu

izquierda (Mc 10,37). Con estas palabras, los hijos de Zebedeo querían pedir al Señor que les hiciera dar una especie de “salto”, que les colocara automáticamente en lo más alto, en el primer lugar, ahorrándoles el peso del camino, como si este camino, con todas sus imprevistas circunstancias, constituyera un obstáculo para alcanzar la meta, algo que, en el fondo, el Señor pudiera ahorrarles.

Podríamos estar tentados de compartir la ira de los otros discípulos y mirar a Santiago y a Juan apenas con un poco de conmisericordia, considerando su petición un “impulso juvenil”, un residuo del “hombre viejo” –diría San Pablo- del cual aún debían despojarse. Pero sería una mirada apresurada y, con seguridad, no coincidiría con la mirada del Señor.

Él no los reprocha por la petición que han hecho, sino que los ayuda a llamarla con su verdadero nombre y, de este modo, endereza correctamente su deseo en la única dirección posible.

Con extremada delicadeza –la delicadeza propia de quien conoce y ama hasta la última fibra de nuestro ser-, Cristo llama por su nombre este deseo que mueve a los hijos de Zebedeo, como a los otros Apóstoles y a cada uno de nosotros, cuando dice: “El que quiera ser grande entre vosotros”... (Mc 10,44).

En verdad, Santiago y Juan no querían más que “ser grandes”. Y habían reconocido que, si pretendían tener algún tipo de grandeza, no podrían encontrarlo más que al lado de esa Persona excepcional con la que compartían toda la vida y cada jornada. Si fuese posible alguna grandeza para el hombre, no podía ser más que al lado de Cristo: “Concedenos sentarnos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda”.

Es auténtico este deseo de grandeza, pertenece al hombre en cuanto tal, es propio de cada uno, y no es censurándolo o reduciéndolo con la excusa de una humildad malentendida, que podrá ser resuelto. El hombre está hecho para ser grande; él es, por su naturaleza –enseña santo Tomas- “*capax Dei*”, capaz de Dios, y no puede contentarse con nada que sea inferior a Dios mismo.

¿Cómo puede entonces encarar tal deseo, sin esconderlo y sin achicarlo? Sobre todo, confiándolo a Dios, porque es Él el quien ha hecho nuestro corazón. Y será Él quien nos responderá, quizás del modo más inesperado, pero ciertamente verdadero, encaminándonos en esas circunstancias de las que hubiésemos querido huir, que considerábamos un obstáculo para nuestra vida. De estas mismas y concretas circunstancias, Él no sólo no ha querido privarnos, sino que en ellas se ha hecho Presente, haciéndose hombre, y haciéndose continuamente Presente, enfrentándonos por nosotros y con nosotros desde dentro: “No tenemos, en efecto, un sumo sacerdote que no sepa compartir nuestras enfermedades, desde que Él mismo lo ha probado todo, a semejanza nuestra, menos el pecado” (Hebr, 4,15).

No se puede llegar a ser “servidores” por un desprecio moralístico de la grandeza, sino sólo por amor al único verdaderamente Grande, Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, que nos llama a compartir con Él toda la existencia, para compartir con Él su Reino. Él, que bebiendo hasta el fin el amargo cáliz de la Pasión, nos concede apoyar nuestros labios en él y, así, tener parte con Él.

Que María Santísima nos guíe por el camino de la auténtica Grandeza, Ella a quien todas las generaciones llamarán Bienaventurada. Amén.